

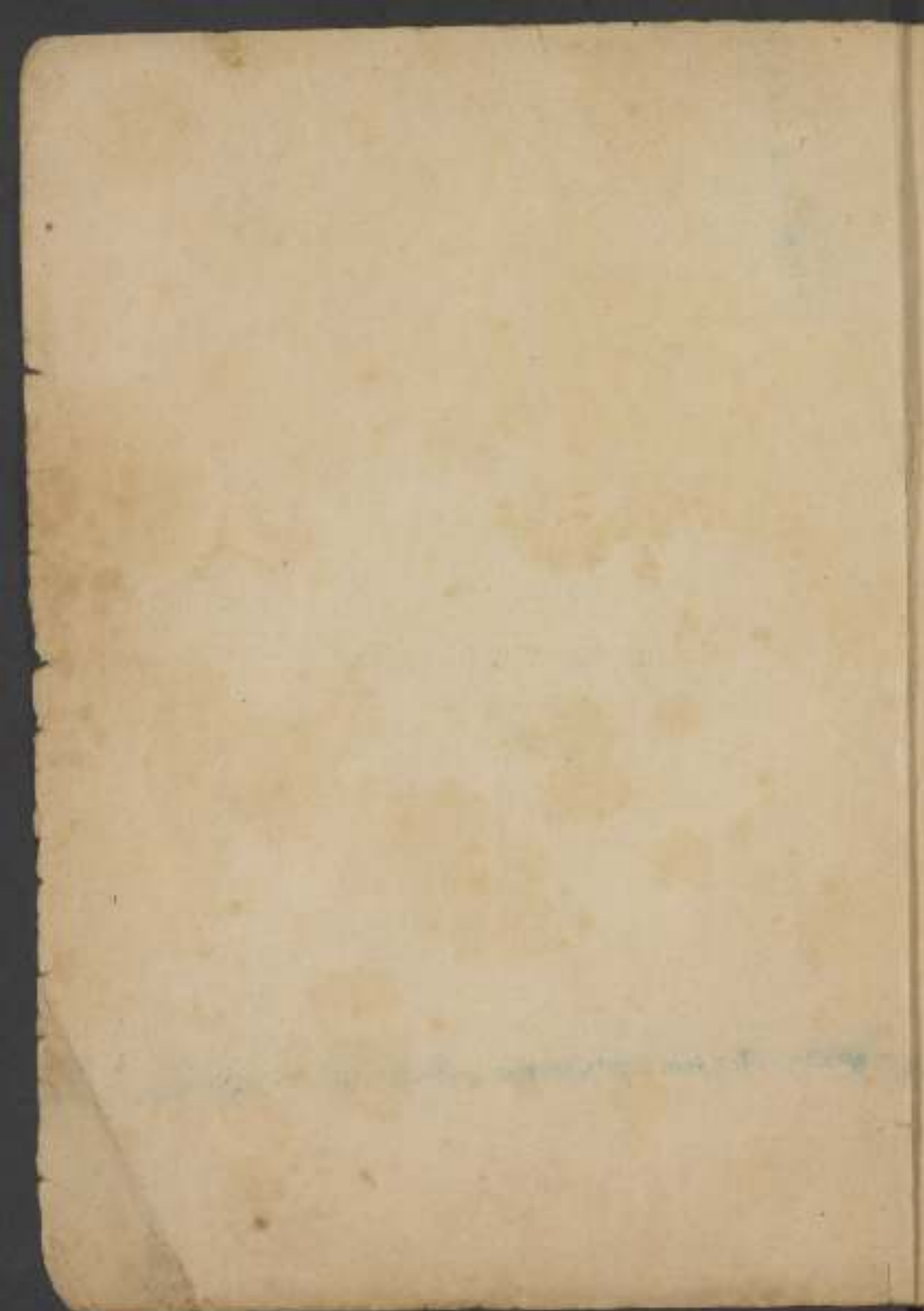
MIS LABIOS ENGANAN

LILIAN HARVEY

JOHN BOLES

EDICIONES BISTAGNE





n-10373

MIS LABIOS ENGAÑAN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

Mis labios engañan

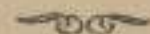
Delicioso asunto, lleno de gracia y simpatía y de agradabilísima música

Dirigido por

JOHN BLYSTONE

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES.

LILIAN HARVEY

John Boles

El Brendel

Irene Browne

Mis labios engañan

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

1

En el diminuto pero apasionadamente patriota reino de Ruthania, todos los acontecimientos, por sencillos que fueran, desde una subasta pública hasta un bautizo, eran precedidos del himno nacional.

A la sazón, el hecho más saliente que podía registrarse en Ruthania era la venta de un magnífico automóvil que la casa Bing-Bang había hecho a Su Majestad el rey.

Era un automóvil de líneas soberanas, blanco, formidable, monumental y construido con el mayor lujo de detalles.

En las portezuelas campeaba el escudo de la casa real. En el interior había todo lo que el sibarita más extremado pudiera exigir, desde la coctelera hábilmente disimulada entre los cojines, hasta el apa-

rato de radio y de televisión para distracción de su ocupante.

Su magnitud era tal, que ocupaba toda una sala.

Ni en Ruthania ni en ninguna parte del mundo se había visto jamás un auto tan formidable y tan hermoso.

Sobre una plataforma giratoria, el automóvil daba vueltas ante la mirada asombrada de la élite de Ruthania, que había acudido allí, invitada por la casa de autos, para que pudieran ver aquella maravilla antes de que se la llevarasen.

Y mientras daba vueltas el automóvil sobre la plataforma, también las daba en su habitación Lili Willer, preparándose para partir.

Lili Willer era u no de esos bi-belots que tienen la virtud de hacer abrir la boca a todo el hombre que tiene la fortuna de contemplarlos.

Lili Willer era sola en el mundo y no tenía dinero, dos cosas muy tristes que ella soportaba con su inveterado optimismo.

—Vas a llegar tarde, Lili — le dijo la dueña de la casa donde se alojaba.

Esta buena señora había hecho con Lili una excepción que era como para halagar a cualquiera... a

cualquiera que hubiera sabido hasta dónde llegaba la intransigencia de la patrona en la cuestión del pago.

Lili estaba en deuda con ella y ella no la había despachado.

¿Por qué había obrado así la inexorable patrona?

¡Ah! Sus motivos tenía.

Aquella mujer tan fea, tan fea que los perros, cuando la veían, huían lanzando ladridos de terror, sabía como ninguna el valor que tenía la belleza.

Y Lili era muy bonita.

Una mujercita tan encantadora como aquella y tan joven, y tan graciosa, y tan inocente, "bien administrada"—¡vaya usted a saber lo que la patrona entendía por bien administrada!—había de tener dinero para pagar, no sólo aquellas habitaciones, sino las mejores del mejor hotel del reino.

Y la patrona confiaba en que llegara aquel momento en que Lili pudiera pagarle.

Y confiaba también en que podría sacarle más de lo que le debía.

He aquí la clave de aquella dulzura maternal que la vieja y fea pa-

trona demostraba a la linda y joven Lili.

—Ven; te ayudaré a vestirme, porque tú no acabarías nunca.

—Es que estoy un poco nerviosa. ¡Además, debe de ser tan hermoso ese auto!

Se refería al automóvil adquirido por Su Majestad.

En la casa Bing-Bang, entre los reunidos, estaba el "speaker" de una compañía de radio haciendo una descripción de la fiesta y del automóvil.

Así, todos los que tenían aparato de radio, pudieron conocer los detalles del acontecimiento.

La patrona tenía un aparato de tres lámparas que le había quitado a unos huéspedes que no podían pagarle. Por eso Lili pudo escuchar la descripción del automóvil blanco.

—¡Y qué hermoso debe de ser dar un paseo en ese automóvil!—añadió Lili.

—¿Hermoso? ¡Para morirse de placer, y aun me quedo corta!... Pero quítate el vestido. Dentro de diez minutos has de estar en el "Volk Garten".

Lili se quitó el vestido casero.

Algo así como una estatuilla de

seda y rosa, maravillosamente modelada, se ofreció a la admiración de los ojos calculadores de la patrona.

Lili iba primorosamente vestida por dentro. La patrona no había consentido que la indigencia de Lili llegara al interior.

Los encajes, de un tono de crema pálido, combinaban maravillosamente con la albura nacarada de la piel que se entreveía a través de ellos.

La prenda más íntima era tan corta que podía verse el borde de las largas y finas medias.

¡Y qué maravillosas aquellas piernas que parecían hechas a torno!

Fué un momento nada más, pero bastó para que todo quedara impregnado del perfume del cuerpo de Lili.

—¡A quien se le diga que una muchacha que tiene este cuerpo ha de alimentarse de judías y rábanos!—comentó la patrona con aire filosófico.

—Unas tienen más suerte que otras.

—No todo depende de la suerte. Hay que tener también picardía.

—Yo no tengo de eso, ¿verdad?

II

En la sala de exposición de la Bing-Bang había entrado un hombre.

¿Era un general? ¿Un ministro?
¿Un gran duque?

Estas preguntas eran las que sugería la presencia del recién llegado.

Su flamante uniforme, su paso desenvuelto, su continente y su arrogancia imponían.

Sin embargo, no era más que el chofer de Su Majestad.

—¡Alto! — exclamó, deteniéndose junto a la plataforma giratoria.

—¡Alto! — repitió el gerente.
Y el que cuidaba de la máquina

que hacía girar la plataforma hizo funcionar una palanca.

La plataforma se detuvo.

El chofer dió unos pasos atrás. Tomó medidas con la mirada y pudo advertir que el auto no había quedado bien enfrentado a la puerta.

Volvió a levantar el brazo.

—¡Un octavo de vuelta más! — gritó.

Y repitió el gerente:

—¡Un octavo de vuelta más!

Giró un poco la plataforma y entonces el chofer de Su Majestad avanzó hacia el soberbio vehículo.

Subió al baquet, hizo un saludo a la romana y embrogó.

El magnífico automóvil blanco se puso en movimiento, cruzó la espaciosa puerta y se abrió paso entre la multitud que se apiñaba en la calle para verlo pasar.

Aplausos, aclamaciones. El cho-

fer de Su Majestad repartía sonrisas y saludos.

—Cualquiera diría que es el rey — comentó el gerente, viéndole marchar — y no es más que un modesto chofer.

* * *

Por mucho que Lili aceleró el paso, le fué imposible llegar a las cinco y media en punto al "Volk Garten".

Era un café jardín, en cuyo centro se veía un estrado que era al mismo tiempo escenario y plataforma para la orquesta.

Weininger, dueño del café y director de orquesta, estaba impaciente a causa de la tardanza de Lili.

Habían anunciado su debut y se habían llenado doce mesas, lo que representaba para el "Volk Garten" un verdadero acontecimiento.

Y Lili no llegaba.

Iba de la plataforma de la orquesta a la puerta de la calle y de la puerta de la calle a la platafor-

ma de la orquesta en un estado de nerviosismo realmente lastimoso.

Llegó por fin la estrella debutante.

—¡Gracias a Dios! — exclamó Weininger.

Y mirando amenazadoramente a Lili, añadió:

—¿Empiezas a ser informal el primer día?

—¿He llegado tarde? — inquirió Lili, trémula y temerosa.

—¡Claro que has llegado tarde!

—Perdone. Es que...

Pero Weininger la atajó:

—¡No quiero disculpas! ¡Debía despedirte!

Lili estuvo a punto de echarse a llorar.

Gritó Weininger:

—¡Pronto! ¡A cambiarte de ropa! ¡El público se impacienta!

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde he de cambiarme de ropa?

—En el camerino. Allí. Aquella puerta. Sube la escalera y encontrarás tu cuarto. Hay un piano. Por eso lo conocerás. ¡Pronto! Yo en-

tretendré al público con música sola.

Lili corrió hacia el pequeño edificio del café, mientras Weininger se encaramaba en su torrecilla de director y empuñaba la batuta.

La orquesta interpretó un aire popular y alegre. Pero nadie prestaba atención. Todos estaban pendientes de la aparición de la nueva estrella.

III

Subió Lili a la plataforma. El vestido era muy modestito, pero eso no le impedía estar encantadora, así como el estar encantadora no le impedía sentirse tan azorada como si se fuera a casar.

Hubo aplausos a la muchacha bonita.

Weininger le entregó un papel de música.

—Toma. Eso has de cantar.

Lili lo examinó con evidente inquietud. En su vida había oído aquella canción. ¿Cómo podría cantarla si no la había estudiado?

—Será preferible que cante "La banda alegre" — insinuó.

—Eso lo cantarás después — repuso Weininger, secamente.

Y levantó la batuta.

¡Vaya un conflicto para la pobre Lili! Encima de que estaba tan azorada, le hacían cantar una cosa que no sabía.

La música empezó a sonar. Ella no quitaba la vista de la batuta de Weininger.

Cuando éste le dió la entrada, Lili comenzó la canción.

Pero como al mismo tiempo que a la batuta del director tenía que atender al papel de música, en seguida se armó un lío más que regular.

Weininger le dirigía miradas terribles y ella no sabía adónde mirar.

Los clientes empezaban a darse

cuenta de que no estaban ante la Patti precisamente, y un rumor de desaprobación e ironía empezó a oírse en el público, que no por poco numeroso era menos respetable.

De pronto advirtió Lili algo espantoso. Los clientes se levantaban de sus asientos y se marchaban.

Llegó un momento en que cantaba para las sillas y para los músicos, y al fin también éstos la abandonaron para dirigirse a la puerta del jardín.

¿Tan rotundo había sido su fracaso?

Pero no. Los clientes no se marchaban para no volver, sino que se detenían a la puerta, alrededor de un magnífico automóvil blanco.

Era que el chofer de Su Majestad, para darme más pisto aún del que se estaba dando, se había detenido allí.

Su propósito de hacer un corro alrededor del auto lo consiguió en seguida.

Todos estaban asombrados ante la magnificencia del vehículo y sintieron una especie de respeto hacia él al darse cuenta de que en las portezuelas campeaba el escudo real.

—Mirenlo, pero no lo toquen —dijo el chofer.

—¡Qué automóvil tan magnífico! —exclamó uno de los admiradores.

—Lo diseñé yo —mintió tranquilamente el chofer de Su Majestad.

Weininger, que no perdía el tiempo nunca, le invitó.

—¿Desea honrar Su Excelencia el "Volk Garten"?

—Bueno. Precisamente tengo un poco de sed.

Bajó del automóvil y ordenó a un guardia que se había acercado:

—Vigile el coche mientras yo estoy dentro.

El guardia, que había visto ya el escudo real, se cuadró y le saludó como si estuviera ante el mismo monarca.

Y el chofer de Su Majestad entró en el "Volk Garten" de modo que sus avenidas resultaban estrechas para él.

Se sentó a una mesa vacía y paseó una mirada en torno suyo.

Al ver a Lili, que, naturalmente, había dejado de cantar hasta ver en qué paraba aquello, su semblante se animó visiblemente.

¡Vaya una criatura preciosa!

Weininger, ceremoniosamente, le preguntó:

—¿Qué desea tomar Su Excelencia?

—Tres cervezas.

—Perfectamente.

Y como sus ojos volvieran a tropezar con Lili, llamó a Weininger.

—Se me había olvidado lo principal — dijo—. Quiero tres cervezas y una canción.

—Perfectamente, Excelencia.

Y dió orden de que le sirvieran la cerveza y volvió a su puesto de director.

—A ver si ahora lo haces mejor — dijo a Lili—. Entre el público hay una personalidad.

Naturalmente, esto acabó de desconcertar a Lili, que no dió pie con bola.

En vez de "brindemos", dijo "brinquemos"; en vez de "ojos", "ajos", y en vez de "azules", "zulús".

Un verdadero desastre.

El chofer de Su Majestad, sin embargo, aplaudía.

Y Weininger creyó que llamaba para pagar y marcharse.

Esto acabó de descomponerlo.

—Tú no sabes cantar — dijo a Lili—. ¡Fuera de aquí!

—Ayer le gustó como cantaba.

—Sin duda llegaste en un mo-

mento en que había bebido mucha cerveza.

—Le aseguro que...

—¡He dicho que fuera! Puedes ir a vestirme.

Lili, roja de vergüenza, se retiró a su camerino. Weininger fué tras ella.

El chofer de Su Majestad no cesaba de aplaudir, extrañado de que no permitieran seguir cantando a una mujer tan bonita.

—Alguien aplaude — dijo Lili, esperanzada.

—No es que te aplauden. Es que piden cerveza o la cuenta para marcharse.

—¿Entonces?...

—Estás despedida.

—¡Oh!

Y Lili estaba a punto de echarse a llorar.

Habían naufragado todas sus esperanzas. Seguiría comiendo rábanos y habichuelas.

—Déjeme probar otra vez — imploró.

—¿Otra vez? ¿Para que me quede sin un solo cliente? De ningún modo. Estás despedida.

Y dió media vuelta y la dejó llorando.

IV

El chofer de Su Majestad, cansado de aplaudir inútilmente, se dirigió al pie de la escalera para enterarse de lo que le había sucedido a la preciosa muchacha.

En este momento bajó Lili.

El chofer de Su Majestad la saludó afablemente y le dijo:

—Tiene usted una voz maravillosa.

—Gracias, señor. Sin embargo, me han despedido.

—¿Que la han despedido?

—Sí, señor.

—¿Quién?

—El señor Weininger.

—¿Quién es ese señor?

—El dueño.

—¿Ese regordete tan zalamero

que ha salido a recibirme?

—Sí, señor.

—¡Ah! Pues tendrá que vérselas conmigo.

Y como en aquel preciso momento llegó Weininger con el propósito de pedir al distinguido cliente le perdonara por lo mal que había cantado la artista, el chofer de Su Majestad le dijo en tono poco tranquilizador:

—¿Qué significa eso de despedir a esta joven?

Weininger se quedó tan asombrado que no supo qué decir.

Y el chofer añadió en el mismo tono de censura:

—Tendrá que arreglar cuentas con nosotros. Ha despedido usted a

la favorita de una alta personalidad cuyo nombre todos debemos silenciar.

Weininger empalideció. Como el chofer deseaba, creyó que se refería a Su Majestad y que Lili era la favorita del monarca.

Y estaba tan asustado, que no supo qué contestar.

El chofer dijo a Lili:

—Tenga la bondad de acompañarme, señorita.

Y la condujo hasta el soberbio auto.

Abrió la portezuela y la invitó a pasar.

Lili se quedó estupefacta. Aquel era el auto de Su Majestad, cuya descripción había oído por radio.

¡Tanto como ella había deseado dar un paseo en él, y he aquí que ahora la invitaban a subir!

No podía dar crédito a sus ojos.

Peró el chofer repitió la invitación y ella se decidió a aceptar.

Su asombro aumentó al verse dentro del magnífico auto y advertir con cuánta suavidad arrancaba éste.

Weininger le vió alejarse con la misma tristeza que si se marchara algo muy querido.

—¡Buena la he hecho! — dijo al

guardia que guardaba el regio auto—. Imagínese usted que he despedido a la favorita del rey.

—¿La favorita del rey? — preguntó un amigo del director que se había acercado a ellos.

—Sí — repuso Weininger—. Es esa muchacha que se ha marchado en el auto.

—¿Lili Willer?

—La misma.

—¿De modo que es Lili Willer la favorita del rey? Pues no lo sabía.

—Ni yo tampoco. Si lo hubiera sabido me habría guardado mucho de despedirla.

Empezaron a correrse las voces y a hacerse comentarios.

En Ruthania todas las noticias se difundían como la pólvora.

Y, entretanto, en el interior del soberbio automóvil, Lili creía hallarse en un palacio.

Sedas y cojines por todas partes. Allí se podía incluso dormir tan cómodamente como en la cama más amplia.

A un lado y a otro vió una serie de botones de oro.

Oprimió uno de ellos y vió que una especie de muchecillo se abría y aparecían una serie de departa-

mentos en los que había todo lo que el fumador más exigente pudiera necesitar.

Oprimió otro botón y se abrió otro lujoso armarito que era una cocktelera completa.

Tocó el tercero y estuvo presenciando una película de dibujos proyectada en una pequeña pantalla que había enfrente del asiento.

Otro botón hizo funcionar un estupendo aparato de radio.

Lili navegaba en un mar de asombro.

—Cada vez le parecía más maravilloso lo que estaba viendo y aquel ambiente de lujo extraordinario.

—¿Dónde he de dejarla? — le preguntó el chofer por medio del teléfono.

Ella le dio la dirección y poco después el auto se detenía ante el domicilio de Lili.

—El auto de Su Majestad — empezaron a comentar las comadres, que se habían asomado a puertas y ventanas al oír el ruido del motor.

Y cuando vieron que se detenía ante la casa donde vivía Lili y que ésta bajaba del soberbio coche, las murmuraciones arreciaron.

El chofer, que había bajado tam-

bién, acompañó a Lili hasta la puerta.

Ella sentía una profunda gratitud hacia aquel hombre tan amable.

—Muchas gracias, señor... señor...

—Me llamo Oswald. No haga usted caso del apellido y llámeme Oswald sencillamente.

—¿Por qué ha sido tan amable conmigo? — inquirió la muchacha con su femenina curiosidad.

—Porque me ha sido usted muy simpática.

—Entonces, gracias por partida doble.

—Usted me manda y yo encantado de servirla.

—Adiós, señor... Oswald.

Ya estaba en la puerta. El la detuvo.

—¿Quiere que demos mañana otro paseo?

—Pero ¿y Su Majestad?

—Es verdad. Si él me necesita, la haría esperar en vano. Lo mejor es que dejemos al azar nuestro segundo encuentro.

—Eso es lo mejor. Hasta entonces.

Otra vez volvió a impedir que se marchara.

—¿No me da usted un besito?—
preguntó en un tono tan inocente
que Lili no se sintió ofendida.

—Eso sí que no. Los besos los
guardo para mi marido.

Y después de dirigirle una últi-
ma sonrisa, cerró la puerta.

Oswald pensó:

—Evidentemente, le he gustado.

Y subió al automóvil y éste
arrancó majestuosamente.

Las comadres formaron corro. Y
entre este foco y el que se había
formado ante el "Volk Garten", se
levantó una oleada de murmuracio-
nes que recorrió toda la capital en
menos que se cuenta.

Todos sabían ya que Lili Willer
era la favorita de Su Majestad.

V

Quando la patrona vió entrar tan pronto a Lili, torció el gesto.

—Cuando vuelves tan pronto es señal de que te han despedido.

Por toda respuesta, Lili se echó a llorar.

—Dime: ¿te han despedido?

Pero Lili seguía sin decir esta boca es mía. Los sollozos le impedían hablar.

—No hace falta que contestes.

Ya veo que te han despedido. Así llevamos no sé cuánto tiempo. Esto no puede continuar. ¡No y no! Mañana mismo te pondré de patitas en la calle.

Lili empezó a llorar más fuerte y la patrona pareció compadecerse.

—¡Vamos! Te daré una nueva oportunidad. Si consigues que Weininger vuelva a emplearte, puedes quedarte aquí.

• • •

Rupert, el rey de Ruthania, era un joven de aspecto sumamente agradable.

Su arrogante figura y su bigotillo negro le habían captado la adoración de un sin fin de adoradoras.

Pero en Ruthania apenas se le conocía. Hacía muy poco tiempo que ocupaba el trono y hasta entonces había estado en el extranjero.

Lili era uno de los muchos habitantes de Ruthania que no tenían la menor idea acerca de la cara que tenía el soberano.

Su mayor afición era la música, y las preocupaciones y deberes del trono le tenían abrumado.

Ahora se hallaba en su despacho, con un lápiz en la mano y repasando un montón de papeles.

—¡Nivela el presupuesto, nivela el presupuesto! — decía con tono de profundo aburrimiento y mientras golpeaba con el lápiz los papeles.

Y, distraídamente, empezó a repetir una y otra vez aquellas palabras, canturreando.

De pronto se detuvo.

El motivo musical le había gustado.

Lo repitió varias veces más, perfeccionándolo y llevando con el lápiz el compás.

Se levantó de súbito, puso en el atril del piano un papel de música y empezó a teclear al mismo tiempo que cantaba.

Pero la letra no tenía ya nada

que ver con el presupuesto, sino que era una bella poesía dedicada al amor.

De pronto se abrió la puerta y entró el jefe del Gobierno, un caballero de edad, que había visto a Rupert nacer, como quien dice, y que tenía sobre él gran ascendiente.

—¿Qué es eso, Majestad? — exclamó—. ¿Escribiendo música en vez de nivelar el presupuesto?

—Los asuntos de Estado me fastidian — dijo Rupert en una explosión de sinceridad.

—Nuestro crédito depende de que nivelemos el presupuesto.

—Toda la noche he estado haciendo números y no hay modo de nivelarlo.

—Pues eso me hace pensar en la princesa de Moravia — insinuó el presidente.

Rupert se volvió rápidamente y dijo en tono definitivo:

—No quiero casarme con la princesa Isabel.

—Con eso se nivelaría el presupuesto, Majestad.

—Pues que se quede desnivelado.

—Un rey debe sacrificarse a veces por su país.

—¿Es que el país no tiene recursos naturales?

—Sois el principal recurso natural, señor.

—Pues con éste no podéis contar.

La conversación fué interrumpida por la llegada de la Reina Madre.

El Presidente y Rupert se inclinaron reverentemente. La Reina Madre tendió la mano a su hijo y éste la besó.

—Creo que voy a introducir el apretón de manos en el protocolo cortesano. Los besos en la mano me fastidian — dijo la regia dama.

Aunque no era joven, conservaba aún toda su soberana energía y sabía imponer su autoridad.

Cuando hablaba no dejaba nunca camino abierto para la réplica.

—Es una buena idea, mamá. Ya sabes que me piro por todo lo democrático.

—Tú siempre vas demasiado lejos.

—¿He dicho alguna inconveniencia?

—Un rey no dice inconveniencias nunca.

—Pues lo parece mamá. Ese tono...

—Es que para mí eres, ante todo, mi hijo, mi hijo único y adorado.

—Gracias, mamá.

Y pensó:

—Cuando está tan amable, algo quiere.

En efecto, momentos después exclamaba la Reina Madre:

—Ardo en deseos de ver el contrato matrimonial de la princesa Isabel en nuestra casa de seguridad.

—¿Con los otros valores? — preguntó Rupert con profunda intención.

—Los otros valores no tienen valor ninguno.

—¿Y a qué viene ese anhelo, mamá, si puede saberse?

—Ya lo creo que puedes saberlo. Sólo para hablar de ello he venido. He oído ciertos rumores que me disgustan sobremanera.

—¿Qué rumores, mamá?

—Sé que tienes un auto nuevo.

—Lo he comprado con el dinero que me han producido mis canciones.

—No me importa el despilfarro, aunque tampoco constituye un buen ejemplo. Lo que me parece de muy

mal gusto es que lo use tu nuevo capricho.

—Pero ¿qué dices, mamá?

—Lo que oyes. Hasta ahora tu conducta ha sido tan ejemplar, que comenzaba a sospechar estuvieras anémico. Pero ahora resulta que el caballero tiene aventuras.

—No sé de qué me hablas, mamá.

—¿No has de saberlo?

—Te lo aseguro.

—Si crees que vas a despistarme, estás muy equivocado. Se trata de esa artista de café que te lleva de cabeza.

—¿De cabeza, mamá? Esto es asombroso.

—No te mezcles con gente de baja estofa, Rupert. Hay muchas damas encopetadas que se pirran por ti. La princesa Isabel se desmayó cuando supo lo de la cantante cafeteril.

—¿De modo que se desmayó?

—Sí.

—Pues, entonces, ¿qué haría si fuera verdad?

—No bromees, Rupert. Te voy a

dar un consejo. Manda a esa joven a París. De Conti se ocupará de eso.

De Conti, el primer ministro, hizo con la cabeza un movimiento afirmativo cuando la Reina Madre le consultó con la mirada.

—Ya lo sabes, hijo mío —añadió la regia dama—. Déjate de amariqs con mujeres de poca monta y piensa en algo más serio. Precisamente ahora voy a visitar a la princesa Isabel, de Moravia.

Rupert apenas la escuchaba. Estaba pensando en aquella aventura de la que había sido protagonista sin enterarse.

—Y durante mi ausencia —añadió la Reina Madre—, bombardea a la princesa con cartas, telegramas y flores.

Consultó a De Conti con la mirada y éste afirmó, sonriendo.

—En fin, hijo mío, que te conserves bien durante mi ausencia y hasta la vuelta.

Se despidieron madre e hijo.

Después la Reina Madre dió a besar su mano a De Conti y salió del regio despacho.

VI

Rupert estaba cada vez más confundido.

—¿Pero qué broma es esta? — preguntó al primer ministro.

—¿A qué os referís, Majestad?

—¿A qué quiere usted que me refiera? A lo de la artista de café.

—Eso no es una broma, Majestad.

—Pues entonces es una confusión inexplicable. ¿Quién puede haberse hecho pasar por su rey?

Pero el primer ministro, sonriendo, sacó del bolsillo un menudo objeto y se lo mostró al monarca.

—¿Sabéis lo que es esto, Majestad?

Rupert lo examinó.

—Sí. Una barrita de carmín para los labios.

—Pues esto hemos encontrado en vuestro automóvil.

—¿Eso qué importa? Si se hubieran encontrado un niño, ¿habrían creído también que era mío?

—Es que, además, lo sabe todo el pueblo.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que esa muchacha es vuestra favorita.

—Pero ¿qué muchacha, caramba, si en mi vida la he visto?

—Majestad, siento contradeciros, pero...

—¡Ah, ya comprendo! Esto es un ardid para casarme. Ahora diréis que la reputación del rey corre peligro y que hay que tranquilizar al pueblo con una boda digna de mí. ¿No es eso?

—Majestad, yo sólo puedo exponer la opinión del Gabinete y me guardaré mucho de coaccionaros.

—Venga esa opinión.

—Es la de que debéis anunciar vuestro enlace con la princesa Isabel.

Rupert permaneció un momento silencioso. Después dijo:

—He mandado geólogos a Malí para que busquen petróleo, una

de nuestras riquezas naturales. Si no lo encuentran, me sacrificaré. Pueda decir eso al Gabinete.

—Vuestra Majestad es un verdadero patriota.

—Si no encuentran petróleo y he de casarme con la princesa, seré un verdadero mártir.

Y el primer ministro partió para dar la buena nueva a sus compañeros de gabinete.



Al día siguiente de su fracaso en "Volk Garten", Lili salió de casa decidida a encontrar ocupación.

Se fué a una Agencia que se encargaba de artistas y pidió un contrato.

El gerente la miró de arriba a abajo y después le indicó un banco que estaba lleno de gente que esperaba.

—Siéntese usted ahí y espere como los demás.

Lili se sentó.

Con la sala de espera comunicaban varias puertas. Cada una de

ellas pertenecía a un pequeño cuarto donde las artistas realizaban sus pruebas ante los empresarios que las solicitaban.

De pronto, por una de ellas asomó la cabeza de un empleado que gritó:

—¡Una bailarina!

Lili dió un salto y echó a correr hacia aquella habitación.

—¿Es usted bailarina? — le preguntó el empleado.

—Sí, señor.

El cliente que deseaba contratar a la bailarina, advirtió:

—Yo la necesito de bailes acrobáticos.

—Es mi especialidad — repuso Lili, audazmente.

Y comenzó a hacer una serie de cosas raras que querían ser bailes acrobáticos y que lo mismo podían ser los movimientos de un borracho en la cubierta de un buque.

El empresario no hizo el menor comentario. Dió media vuelta. Y mientras Lili seguía bailando, se cogió del brazo de una joven muy provocativa que había en la sala de espera y que no había cesado de cambiar con él miraditas y sonrisas desde que le viera entrar.

—Esta es la que me conviene — dijo al director.

Y, aunque no la había probado, se marchó con ella.

—¿Es que a mí no me prueba usted? — le preguntó la joven.

—¡Ya lo creo que la probaré! Como que no estoy deseando otra cosa.

Lili volvió a su sitio.

Allí estuvo esperando un buen rato.

De pronto oyó pedir una bailarina equilibrista, y allá fué ella.

Durante todo el tiempo que permaneció sobre la cuerda floja, las graciosas naricillas de Lili estuvieron en peligro.

El director de la Agencia acabó por cogerla en brazos y depositarla en el sofá como a un muñeco.

—Póngase las zapatillas y a la fila.

Lili suplicó, imploró, dijo que necesitaba emplearse a toda costa, que su vida corría peligro si no encontraba trabajo, pero todo eso no conmovió lo más mínimo al director de la Agencia, que repitió inexorablemente:

—A la cola o a la calle.

Y la infortunada Lili tuvo que volver a sentarse en aquellos bancos en que tanta gente esperaba.

VII

A todo esto, la patrona se había enterado ya de lo que el pueblo murmuraba acerca de Lili.

Y se quedó asombrada de que lo tuviera tan callado.

—¿Qué interés tendrá en disimularlo?—se preguntó.

Y aun estaba pensando en esto sin hallarle ni remotamente una explicación, cuando llamaron a la puerta.

Abrió y se encontró ante un caballero al que no conocía.

—¿Vive aquí la señorita Lili Willer? — preguntó.

—Sí, señor. ¿Qué desea?

—Yo soy Weininger.

—Tanto gusto.

—Deseaba hablar con ella para un asunto urgente.

—Ella no está, pero puede hablar conmigo.

—Se trata del trabajo.

—Precisamente soy su "manager".

—Pues bien. Quiero que esta noche vuelva a trabajar en mi café-jardín.

—Eso depende de las condiciones.

—Le daré el doble de lo que le daba.

—Por ese lado estamos de acuerdo. Pero ¿y de gente? ¿Cómo estará el café? Porque Lili no es de las que trabajan para cuatro gatos.

—Le respondo de que habrá un lleno rebosante.

—¿Y de vestidos?

—Tendrá todos cuantos quiera, y de las mejores firmas.

—¿Y de propaganda?

—Lo llenaré todo de carteles y haré escribir con letras de colores que es la mejor artista de Ruthania.

A la patrona no le sorprendía el repentino cambio de Weininger. Del mismo modo que se había enterado ella, se habría enterado él de que era la favorita del rey, y esto constituía un reclamo tan formidable, que podía tener por descontado el lleno.

—Pero ¿dónde está? — preguntó Weininger.

Entonces la patrona le guiñó un ojo y dijo esta conveniente mentira:

—Con cierta personalidad cuyo

nombre hay que callar por respeto.

—Bien, pero...

—Puede usted estar tranquilo, que acudirá al "Volk Garten" a la misma hora que ayer.

—Eso es lo que quería saber. ¿Me asegura que acudirá?

—Se lo aseguro. Pero cuide de que todo esté como corresponde a una artista de su talla.

—De eso le respondo yo, señora.

Weininger hizo una reverencia y se marchó.

Inmediatamente la patrona se dirigió a un teléfono público y comunicó con la policía, encargándole buscara a Lili Willer.

La busca no fué difícil para los agentes que se encargaron de ella.

Muchas personas pudieron darle detalles sobre el camino que había seguido Lili, porque muchas se habían fijado en ella al verla pasar.

—¡Tragador de espadas! — pidió un empleado, asomándose a la

puerta de uno de los departamentos.

Y allí fué Lili, dispuesta a tragarse cañones si era preciso.

El director, que también estaba allí, se quedó asombrado al verla entrar.

—Pero ¿también eso sabe hacerlo usted?

—También.

—¿Usted es capaz de tragarse una espada?

—No ando muy bien del estómago, pero probaré.

Le entregaron la espada y Lili la examinó con inquietud.

—¿Quién sería capaz de meterse aquello en el cuerpo?

Tocó la punta y comprobó que era tan aguda como la de un alfiler.

El director se había marchado, dejándola sola con el empresario, pues no quería ver cómo se degollaba una persona.

Presentóse entonces la policía y preguntó al director por ella.

—En efecto, por aquí anda una

muchacha que dice llamarse así— contestó el director.

—¿Dónde está?

—En este momento va a tragarse una espada.

—Necesitamos verla antes de que se suicide.

—¿Para llevársela?

—Sí, señor.

—¡Gracias a Dios!

Y cuando Lili daba vueltas a la espada como si quisiera hincarle el diente y no supiera por dónde empezar, se presentó el director y le dijo con una sonrisa.

—Tengo un buen contrato para usted.

Lili se apresuró a devolver la espada al empresario.

—Cómase la usted. Yo no tengo apetito.

Iba muy contenta.

Pero cuando vió que los policías la cogían del brazo y se la llevaban, comenzó a lanzar gritos de horror.

VIII

La patrona, al enterarse de que la policía había encontrado a Lili, y en vista de que ya era un poco tarde, rogó la condujeran al "Volk Garten", y ella se puso lo mejor de su guardarropa y se fué al café-jardín.

Lo mejor del guardarropa de aquella vieja y feísima mujer, tenía más de disfraz que de otra cosa.

En un baile de máscaras se habría llevado el premio.

Sin embargo, ella estaba segura de que iba llamando la atención por elegante.

Al llegar al "Volk Garten" se encontró con que estaba atestado de público. A la puerta había grandes

carteles anunciando a la mejor artista de Ruthania. Todo el jardín estaba espléndidamente adornado.

Cuando Weininger, que ya empezaba a impacientarse, vió llegar a la "manager" de la artista, respiró, pero en seguida volvió a dejar de respirar al advertir que Lili no la acompañaba.

—He hecho todo lo que le prometí — dijo Weininger.

—Ya lo veo — repuso la patrona.

—Pero ¿dónde está la señorita Willer? Si no viniera, me arruinaría.

—Esté usted tranquilo, que vendrá.

—Eso de que esté tranquilo se dice muy pronto.

—Mírela. Ahí viene.

Llegaba Lili, en efecto, conducida por los dos policías que la habían encontrado en la Agencia.

El público, al reconocerla, prorrumpió en aplausos.

Ella estaba asombrada. ¿A qué obedecía todo aquello? ¿Quién le habría preparado aquella broma?

Pero no, no era broma. Allí estaba la patrona, que acudía a su encuentro, vestida del modo más absurdo.

Y también acudió el señor Weininger, el cual exclamó:

—¿Escoltada por la policía?

Antes de que pudiera contestar Lili, la patrona le hizo un guiño para que se callara y repuso por ella:

—Su Majestad no quiere que corra ningún riesgo.

Entraron en el camerino varios caballeros vestidos elegantemente.

—Aquí están, señorita Lili —dijo Weininger—, los mejores modistos de Ruthania.

Lili no pudo seguir conteniendo su asombro.

—Pero ¿qué significa todo esto?

—Hagan el favor de dejarnos so-

las mientras se cambia de ropa —dijo la patrona, para que Lili no echara a perder sus planes.

Los modistos dejaron en el camerino algunos modelos que constituían verdaderas obras de arte y se marcharon.

Lo mismo hizo Weininger, no sin antes advertir a Lili:

—Cante usted lo que quiera, pero dése prisa. El público está impaciente.

Cuando Lili se quedó a solas con la patrona, exclamó:

—Yo debo estar soñando. Pélizqueme, para que me convenza de que estoy despierta.

—A Su Majestad no le gustaría que te pellizcara.

—¿Su Majestad? Pero ¿qué dice usted? Cada vez me parece más incomprensible todo esto.

—No te hagas la mosquita muerta.

—¿Quiere hablar de una vez?

—¿Crees que no estoy enterada? Te felicito, mujer, te felicito. Ser la favorita de Su Majestad es casi tanto como ser reina.

No extrañó a Lili esta salida. Ya se había enterado de que todo el mundo la creía amante del rey.

Y ya había deducido la causa.

—¿También usted lo cree? — preguntó.

—¡Pero si lo sabe todo el mundo!

—Es una equivocación lamentable.

—Cuando el río suena...

—¡Todo porque el chofer del rey me llevó a casa con el famoso automóvil blanco!

—Entonces ¿es un falso rumor?

—¡Y tan falso! Con decirle que no he visto al rey en mi vida, está dicho todo.

—¿De veras? ¿Entonces no eres?...

—Ya le digo que jamás he visto a Su Majestad.

—¡Oh!

La patrona había sentido como si algo se derrumbara dentro de ella.

Era un castillo de ilusiones y esperanzas el que se venía abajo.

—¡Dios nos asista!

—Es preciso que lo sepa todo el mundo. A mí no me hace ningún favor esa suposición, y al rey tampoco.

—¡Calla! ¡Cuando yo digo que tú eres tonta de remate!

—¿Por qué?

—Ahora se te ofrece una magnífica oportunidad de cantar y tener

éxito. Ya que lo del rey ha sido sólo una triste ilusión, no impidamos que sea una realidad tu triunfo de artista.

—¿Entonces todo esto se debe a que Weininger cree también?...

—Lo que todos creemos. Por eso, arrepentido de haberte puesto en la calle, se ha presentado en casa buscándote. Yo he exigido muchas cosas y él lo ha aceptado todo. Serías tonta si no aprovecharas esta oportunidad.

—¡Y el público también lo cree!

—Naturalmente. Por eso ha habido un lleno. Vienen a ver a la favorita de Su Majestad y no les importa ni siquiera tu nombre. ¡Háblala, a vestirse!

—Van a sufrir una desilusión. Esperan algo extraordinario.

—Y algo extraordinario verán en ti.

—Como ayer. .

—Hoy será muy distinto. Ayer fracasaste ruidosamente y hoy obtendrás un gran triunfo.

—Tengo miedo.

—Ya se te pasará cuando veas cómo te aplauden.

A todo esto, Lili se había puesto



Abrió la portezuela y la invitó a pasar.



V comenzó a hacer una serie de cosas raras que querían ser bailes acrobáticos...



Durante todo el tiempo que permaneció sobre la cuerda floja las graciosas patricias de Lili
estuvieron en peligro.



Volvio a tocar la composicion y Lili empezo a cantarla.



—No sé: siento algo extraño y maravilloso.



—¿Por qué no acepta mi amor?



- ¡Dejadme, por favor!



— Nădie te separară de mî.

uno de los vestidos más bellos que los grandes modistos habían dejado en el camerino.

Su belleza lucía ahora en toda su plenitud.

El público pedía a voces la presencia de Lili.

—¿Oyes? — dijo la patrona—. Te llaman.

—Eso es lo peor. Antes de ha-

berme visto trabajar, me aclaman. Veremos qué ocurre después.

—Como Weininger te deja elegir, canta lo que mejor conozcas.

—Sí. Cantaré "La banda alegre".

Y, por fin, Lili Willer, la esperada y deseada, apareció en el escenario, entre los estruendosos aplausos del público.

IX

El pronóstico de la patrona había sido certero. El éxito de Lili no tuvo precedentes. Animada y ayudada por el ambiente favorable, y facilitada su labor por el hecho de conocer al dedillo la canción elegida, Lili se desenvolvió como una artista consumada y el público quedó prendado de sus gracias excepcionales.

Estaba profundamente emocionada cuando volvió a su camerino entre las aclamaciones de la multitud que llenaba las mesas del "Volk Garten".

Y aun era más intensa la emoción que dominaba a la patrona, para la que tanto significaba el éxito de Lili.

—¡Has estado admirable! — exclamó la patrona, abrazando a Lili.

—Todo esto me parece un sueño.

Pero la artista no había llegado sola al camerino. La seguía Weininger, que dijo, apenas traspuso el umbral.

—¡Portentoso! ¡Portentoso! Permítame que sea su empresario para siempre.

Pero el espíritu práctico de la patrona se interpuso.

—¿Cuánto? — preguntó.

—El doble de lo que gana esta noche.

—No nos conviene.

—¡El triple! Y un beneficio de vez en cuando.

—Eso ya es otra cosa.

—¿Aceptado?

—Veremos, veremos. Antes lo hemos de pensar.

—Descarta saberlo cuanto antes para poner varios anuncios luminosos y hacer varios millares de cartiles a siete colores.

—Procuraremos dejar el asunto resuelto esta misma noche.

—¡Oh, gracias!

Weininger iba a marcharse ya, pero se detuvo.

—¡Ah! He de pedirle un favor, señorita Lili. Un gran favor.

—Usted dirá.

—No le diga a Su Majestad lo que ocurrió ayer. Estaba ofuscado.

—Es que...

Pero la patrona la atajó:

—Eso dependerá, señor Weininger, de cómo nos trate.

—Por mi parte, puedo asegurarles que...

—Y ahora haga el favor de dejarnos solas. Después bajaré a ultimar con usted los puntos del contrato.

—¡Encantado y agradecido!

Se marchó Weininger.

La patrona y Lili quedaron so-

las. Aquélla sonreía triunfalmente. Esta no salía de asombro.

—¿Ves como no me he equivocado, Lili? Has tenido un gran éxito. Eres una mujer famosa.

—Apenas puedo creerlo.

—Pues no cabe lugar a dudas.

—Todo esto me inquieta. ¿Qué pasará cuando sepan que no soy la favorita del rey?

—Nada absolutamente. Ya te habrás metido al público en el bolsillo y los empresarios seguirán yendo detrás de ti.

—¿Usted cree?

—Estoy segura. Ahora lo que hay que hacer es asegurar el contrato que nos ofrece Weininger. Y como me espera con impaciencia, voy a verle después de haberle hecho esperar un poco.

—¿Tardará mucho?

—No puedo precisarlo. Quiero arrancarle a Weininger las mejores condiciones y esto no es tarea fácil. Tú puedes ir cambiándote de ropa entretanto.

Pero cuando Lili se quedó sola, no hizo otra cosa que sumirse en la profundidad de sus pensamientos.

¡Era tan maravilloso lo que le había ocurrido!

X

Aun estaba enajenada, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta.

Abrió y se encontró ante un joven apuesto, vestido de oficial.

Si Lili hubiera visto alguna vez al rey de Ruthania, se habría dado cuenta en seguida de que no era otro aquel gallardo visitante que con tanta distinción llevaba el uniforme.

Pero Lili no conocía a Su Majestad, no lo había visto nunca y estaba muy lejos de sospechar que el monarca pudiera presentarse en su camerino como un ciudadano cualquiera.

El rey había asistido al debut de Lili Willer, porque quería conocer

a aquella joven que no había visto nunca y que Ruthania entera aseguraba que era su favorita.

Procuró situarse en un rincón apartado del jardín, donde nadie o casi nadie le viera, y además se ocultó en aquel uniforme que en este caso hacía las veces de disfraz.

La impresión que Lili le había producido, quedaba de manifiesto en aquella visita que, desdénando todos los riesgos, se decidía a hacerle.

—¿Quién es usted? — preguntó Lili.

—El capitán Von Linden — repuso el monarca con la mayor sencillez.

—No tengo el gusto de conocerle.

—Es que soy el autor de la canción que acaba de cantar.

Desde este momento desapareció toda la prevención de Lili hacia el visitante.

—¿De veras es usted el autor?

—¿Qué ve usted en mí para creerme capaz de decir mentiras?

—¡Oh, nada! Perdone si he sido incorrecta.

Y le invitó a pasar.

—¿Le gusta mi canción? — preguntó el rey.

—Si no me gustara, no la habría cantado.

—Pues traigo otra, a ver si le gusta.

—¡Oh! Estoy segura de que ha de gustarme.

—¡Si supiera cuánto me agrada oírle hablar así! ¡Una artista de su talla!

—¡No estaba muy segura al empezar! — declaró Lili con franqueza.

—¿Qué me dice usted?

—La verdad. ¿Acaso usted estaba seguro de que no iba a defraudarle?

El rey vaciló un instante.

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Naturalmente. Las mentiras no gustan a nadie.

—Pues la verdad es que creía que iría usted al fracaso.

—¿Por qué?

—Perdone si le hablo con demasiada franqueza. Siendo favorita del rey no esperaba que tuviera usted talento.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Si que tiene que ver. Las favoritas no suelen pensar más que en su belleza. Es muy rara la que tiene cultura.

No pasó por la mente de Lili desmentir en aquel momento lo de sus relaciones con el rey. Primera y principal, porque tenía en cuenta los consejos de la patrona. Segunda, porque creía que así aparecería más interesante a los ojos del que ella creía un apuesto capitán.

—Franqueza por franqueza — declaró Lili, echándose a reír—, yo tampoco creía que un militar pudiera ser un buen compositor.

—Se explica. Usted esperaba que un escritor fuera melencólico, ¿verdad?

—Algo de eso había.

—Pues un hombre puede ser un

buen guerrero y un buen violinista, todo en una pieza.

—Sin duda.

—Al fin hemos llegado a un acuerdo.

Se turbó Lili al ver la mirada del "capitán" fija en la suya.

Cada vez se le hacía más simpático aquel hombre de oscuro bigotillo, blanquísimos dientes y mirar apasionado.

—¿Para cuándo deja que oiga su canción?

—Ahora mismo.

Sentóse el rey al piano y empezó a tocar y a cantar.

Era una bella canción llena de suaves y enternecedoras cadencias que llegaron fácilmente al corazón de Lili.

Además, el "capitán" tenía una hermosa voz.

—¿Qué le ha parecido? — preguntó al terminar.

—Que es algo maravilloso.

—¿No lo dice por halagarme?

—No tengo ningún interés.

—Es verdad. Perdóneme. Los hombres somos unos presuntuosos.

—El caso es que la canción me ha gustado mucho. El estribillo se me ha quedado aquí.

Y se dió un golpecito en la frente al mismo tiempo que añadía:

—¿Qué mayor prueba de que me ha gustado?

—A ver si es verdad lo que dice. Cántelo.

—¿Qué hombre más desconfiado!

—Otro defecto de los hombres.

—¿Por qué generaliza?

—Siento haber incluido a un hombre que para usted es poco menos que sagrado.

Lili sonrió con evidente complacencia y empezó a tararear el estribillo de la nueva canción compuesta por el capitán.

—¿Qué le parece?

—Que puede usted hacerlo mucho mejor — repuso el músico, francamente.

—Todo puede hacerse mejor.

—Quiero decir que, con un par de ensayos, lo cantaría usted maravillosamente.

—Gracias, pero yo también voy a serle franca: me gusta más esto...

Y empezó a tararear la canción que había cantado en público.

—¿A quién se le ocurre? Eso no tiene sentimiento.

—Me gusta la música alegre.

—A unos les gusta la música alegre y otros prefieren la sentimental.

—¿Usted es uno de esos?

—Sí.

Y por segunda vez, aquellos ojos llenos de sentimiento se fijaron en los de Lili.

XI

Y por segunda vez Lili se sintió profundamente conmovida.

“¡Peligro!”, pensó. Y dijo, para alejarlo:

—Enséñeme esa canción para que pueda incluirla cuanto antes en mi repertorio.

—Vamos a ver qué tal maestro soy.

Volvió a tocar la composición y Lili empezó a cantarla. Cuando juzgaba que no lo hacía bien, volvían atrás y repetían los compases.

Llegó un momento en que las dos cabezas estuvieron casi juntas, pues los dos leían la partitura, y Lili, para ver bien las notas, se había situado junto al “capitán”.

En la mirada del rey podía leerse la impresión cada vez más favorable que Lili le producía. Evidentemente, había terminado por prendarse de ella.

He aquí por donde el pueblo iba a salirse con la suya, si no en lo referente al “favoritismo”, sí en lo del amor.

Aquella muchacha no sería su amante, pero él la amaba.

Todo esto se estaba diciendo cuando Lili, al darse cuenta de que él no tocaba, dejó de cantar.

Al volver los ojos para mirarle, se quedó prendida en los del "capitán", como fascinada.

¿Qué fuerza irresistible emanaba de aquellos ojos?

Y sintió un íntimo estremecimiento que se manifestó en sus labios en forma de suavísimo temblor.

Hubiera sido inútil disimular lo que estaba ocurriendo en su alma. Ni siquiera lo intentó.

El tampoco disimuló por más tiempo los sentimientos que Lili le inspiraba.

Se apoderó de una de aquellas manos blancas como la nieve y suaves como la seda y exclamó:

—¡Oh, Lili! ¡Qué suerte más negra la mía!

Ella le dirigió una mirada llena de extrañeza.

—Sí — insistió el rey —. Soy un desgraciado, porque la he encontrado cuando ya es de otro.

Ella había logrado sobreponerse a aquella especie de fascinación.

—¿Para eso ha venido? ¿Para

conducirse como un adorador cualquiera?

—No soy como un adorador cualquiera, sino diferente a todos los demás. Nadie puede adorarla como la adoro yo.

Aquellas palabras sonaban como una música deliciosa en los oídos de Lili.

Pero se daba cuenta del peligro que representaba demostrar aquellos sentimientos e hizo todo lo posible para disimularlos.

—Pero ¿qué atractivo encuentra en él? — preguntó de pronto el capitán.

—¿En quién?

—¿En quién ha de ser? En el rey.

—¡Ah!

No era extraño que se olvidara tan fácilmente de un hombre al que no conocía.

Y como ya se iba despertando su curiosidad femenina acerca de aquel rey que para ella era sólo una sombra, preguntó:

—¿Le conoce usted?

—A la fuerza. ¡He ido escoltándole tantas veces!

—¿Le parece a usted orgulloso?

—Orgulloso precisamente, no; pero fatuo y pesado, sí.

—¿Tampoco le parece alegre?

—Lo es a su modo, que no es el te. De modo que para mí, como si modo que está al alcance de la gen- no lo fuera.

—¿Quiere usted decir que no co- noce la vida?

—Conoce su vida, que no es pre- cisamente la nuestra y que yo no cambiaría por la suya. En fin, que no tiene ningún atractivo para las mujeres. Creo que debería usted educarle.

—Basta, capitán. Va usted de- masiado lejos.

—¿Le molesta que lo critique?

—Lo comprendo — repuso Lili, lanzándose francamente al coque- teo.

—¿Por qué?

—Porque es natural que tenga usted celos de un hombre todo sim- patía y lleno de atractivos para las mujeres.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí. Y aun me callo otras mu- chas razones.

—¡Bah! No creo que sea usted sincera.

—Pues lo soy.

—¿Cree usted realmente que el rey es un hombre apuesto?

—Estoy convencida.

Y añadió con un gesto lleno de picardía:

—Tengo pruebas irrefutables.

—¿No comprende que me está torturando?

—Usted tiene la culpa.

—¿Yo?

—Sí. Emplea un tono de superio- ridad un poco molesto.

—Si es así, le ruego me perdone.

—Está usted perdonado.

—Gracias. Y ahora, dígame: ¿le parezco mucho peor que el rey, co- mo hombre?

—No me gusta hacer compara- ciones.

—Entonces, sin comparar, diga- me qué le parezco.

—¿Vaya una pregunta impru- dente!

—¿Por qué?

—Porque una mujer no puede decir nunca lo que le parece un hombre delante de él mismo.

—Si es una mujer franca...

—Es mejor que dejemos eso.

—No. Dígame qué opinión ha formado de mí, así como yo le he dicho que usted me parece encanta- dora.

—Es que no sé mentir.

—Por eso mismo quiero que me

conteste. Recibiré la respuesta con resignación.

—Lo malo es que no tendrá usted motivo para resignarse.

—¡Mejor que mejor!

—Bien, puesto que usted lo quiere, he aquí el juicio que me merece: es usted un hombre muy simpático.

El rey lanzó una exclamación de alegría y gratitud y rodeó con sus brazos el talle de Lili. Trató de besarla, pero ella le rechazó suavemente.

—¡Quieto!

—¿No quiere usted darme un beso para curarme los celos?

—De ningún modo.

—¿Qué razón hay para que me

niegue lo que con tanto afán le pido?

—Muchas, pero bastaría esta: al rey no le gustaría que otro hombre me besara.

—¡La adoro!

Y el rey, realmente dominado por la mirada de aquellos ojos, por el perfume de aquel aliento, perdida por completo la continencia, trataba de vencer la resistencia de Lili.

—Usted debe de estar pensando en otro muchacha — dijo ella, disimulando con una carcajada su profunda emoción.

—¡Le juro...

Pero no pudo terminar la frase. En este momento se abrió la puerta y apareció la patrona y administradora de Lili.

XII

—Es hora de que nos vayamos a casita.

Se detuvo al ver que Lili no estaba sola y miró con una mezcla de extrañeza y censura al "capitán".

Este, que se había separado de Lili al oír el ruido de la puerta, no pudo contener un gesto de disgusto.

—Señora: se ha presentado usted muy inoportunamente.

Estas palabras fueron como una puñalada en el naciente orgullo de la patrona.

—Aquí el único inoportuno es usted — exclamó.

Y volviéndose a Lili, preguntó severamente:

—¿Quién es este hombre?

—¿Y quién es usted? — preguntó el rey, llevado de su costumbre de imponer en todo momento su voluntad.

La patrona le volvió la espalda con un gesto lleno de desprecio y preguntó a Lili:

—¿Olvidas tu cita con el rey?

—Es verdad — exclamó Lili, sacrificando su sinceridad—. Me había olvidado.

—Pero ¿por qué le hace caso a ese tonto? — preguntó el monarca.

—No tiene nada de tonto — replicó vivamente Lili.

—Además — dijo la patrona con arrogancia—, el soldado que habla así de su rey, comete una falta gravísima.

—Está visto que usted y yo no podemos entendernos, señora.

—De lo cual me congratulo.

Le volvió la espalda.

El rey hizo lo mismo y saludó, sonriente, a Lili.

Después se marchó sin decir adiós a la patrona.

Cuando oyó la puerta, la patrona se volvió y dirigió a Lili una dura mirada.

—No debes enamorarte de un cualquiera.

—No es un cualquiera.

—Es un pobre capitán.

—Muy simpático.

—Con la simpatía nadie se alimenta.

—Es usted demasiado materialista.

—Y tú una tonta de remate. Ya no eres una pobre muchacha que no puedes pagar el alquiler, sino una gran artista.

Pero Lili entornaba los ojos soñadoramente. Pensaba en su capitán, en aquel hombre gallardo que se había posesionado de su corazón y que había sido el primero en conmover los resortes más delicados de su alma.

Cuando el rey salió del "Volk Garten", dió un rodeo al jardín y fué al encuentro de su automóvil que pasaba inadvertido en una calleja oscura.

Oswald, el chofer, bajó del baquet al ver a Su Majestad.

—Alabo tu buen gusto—dijo el monarca, que ya había hablado de Lili con el chofer.

—¿Mi buen gusto, Majestad? No obré dejándome llevar de mis gustos sino de mi buen corazón. La pobrecilla cojeaba y entonces la invité a subir al automóvil.

—Eso no quita para que la encontraras bonita o fea.

—Es que ni siquiera la miré, Majestad.

—Ahora comprendo que la hi-

cieras subir al auto. De haberle visto la cara habrías huido de ella. Es bizzo y le faltan dos dientes.

—Su Majestad debe haberla confundido. Esta tiene unos ojos bellísimos y una dentadura preciosa.

—Es extraño que lo sepas sin haberle dirigido una sola mirada.

Oswald se sintió como cogido en una trampa.

Empezó a balbucir torpemente.

—Es que... yo, Majestad... lo digo porque...

Su Majestad se apiadó de él y repuso:

—Comprendo, comprendo. Puedes retirarte.

—¿No quiere Su Majestad el coche?

—No. Iré dando un paseo. Hace una noche espléndida.

XIII

Ya estaba en casa Lili y aun no había salido de aquel delicioso estado de deslumbramiento en que se hallaba.

—Pero, ¿qué te pasa, mujer?— preguntó la patrona al verla tan distraída.

—No sé: siento algo extraño y maravilloso.

—¡Me lo temía! Ya te has enamorado de ese militarzuelo.

Entonces pareció despertar Lili.

Vió que la habitación estaba llena de paquetes y cajas.

—Pero ¿qué significa todo esto?— exclamó.

—Regalos que te hacen las casas de modas, las fábricas de perfumes y otros comercios... ¿Ves? — dijo,

rogiendo un frasco que había sobre el tocador—. Crema "Lili". Han puesto tu nombre a un perfume.

Lili lo fué tocando y examinando todo. Su asombro iba en aumento.

—¡Si esto durara toda la vida!— exclamó.

—Sólo depende de ti que dure o que se acabe.

—Me parece tan hermoso que no puedo creerlo.

—Pues ya verás mañana, cuando te sirva un desayuno digno de una reina.

—¿Sin sopa de cebolla?

—Eso se acabó.

Lili lanzó un profundo suspiro.

El fin de la sopa de cebolla representaba para ella algo tan trascendental como representó para Europa el fin de la Gran Guerra.

* * *

Ya se había retirado la patrona a su habitación y aun permanecía Lili bajo los efectos de aquel íntimo deslumbramiento que llenaba su alma de un tenue resplandor.

De súbito creyó oír en el silencio de la noche la voz del capitán entonando aquella canción que habían cantado juntos en el camerino del "Volk Garten".

¿Era que el capitán cantaba realmente o que sus oídos la engañaban?

No podía saberlo, así como no podía saber fijamente si estaba soñando o si se hallaba despierta.

De súbito, en la ventana abierta, apareció la mano de un hombre. Después la figura entera. Era el rey, el falso capitán, el cual se deslizó silenciosamente en el interior.

Lili no pudo verle, porque estaba de espaldas. Pero de pronto se

volvió y se encontró frente a frente con su capitán.

—¿Qué hace usted aquí? — exclamó con no fingida inquietud.

—No puedo pasar sin verla. No dormiría tranquilo si usted no me diera una esperanza.

—Pero ¿por dónde ha entrado?

—Por la ventana.

—Bien podía haber llamado a la puerta.

—Me hubieran dicho que estaba usted acostada. Esa señora que la acompaña me detesta. Soy hombre previsor.

—Si le hubieran visto...

—No lo creo.

Lili se asomó a la ventana y vió que el vigilante estaba plantado en medio de la calle.

La miraba.

Ella saludó para disimular:

—¡Buenas noches!

Y el vigilante contestó rudamente:

—He visto entrar un ladrón por la ventana. Ciérrala, no sea cosa que vaya a entrar otro.

Lili, azoradísima, cerró la ventana y se quedó mirando al intruso.

—¡Le han visto entrar! — exclamó.

—No se preocupe. Cree que soy el rey y eso le moverá a ser discreto.

—Ha cometido usted una gran imprudencia. Váyase.

—¿Para que se dé cuenta de que no soy el rey?

—Es verdad.

Y Lili, nerviosa y agitada, paseaba de un lado a otro de la habitación.

Poco a poco se fué tranquilizando.

¿Acaso, en el fondo de su alma, no se alegraba de volver a ver al capitán tanto como él de volverla a ver a ella?

¿Acaso aquella simpatía no era mutua?

—¡Por favor, márchese!

Pero esta súplica fué hecha sin la menor convicción, débilmente, tanto, que el rey no la tuvo en cuenta.

—Su Majestad no debía descuidarla tanto.

—Le advierto que es un amante muy impetuoso — repuso Lili, para darle celos.

—Sin embargo, no viene a verla.

—Pues lo estoy esperando.

—¿Aquí?

—Naturalmente.

—¿A qué hora vendrá?

—A la de siempre.

Y añadió:

—A eso de las dos de la mañana.

—Pues ahora — dijo el rey, mirando el cabello de Lili — está con una rubia.

—No me inquieta. Las rubias son inconstantes.

—¿La he molestado?

—Nada de eso. Estoy tan segura de él...

—¿Pretenderá hacerme creer que lo adora?

—Me encanta estar a su lado.

Y añadió con calor:

—Cuando más me gusta es cuando me besa la mano.

El rey se apoderó de una mano de Lili y se la besó.

Ella la retiró con un estremecimiento.

—¿Lo hace así? — preguntó el rey.

Pero ella, en vez de contestar, dijo para disimular la turbación que la dominaba:

—¡Si viera cuántas flores me manda!

—¿Y qué hace usted de ellas?— inquirió el rey, mirando a su alrededor.

—Las envío a los hospitales — repuso rápidamente Lili.

—¡Ah!

—Y mire usted los regalos que me hace. Todo lo que ve usted aquí me lo ha mandado hoy.

—Verdaderamente es un hombre generoso. ¿Cómo voy a poder rivalizar con él?

—No debe usted pensar en la rivalidad, sino en la amistad.

—¿Cómo voy a ser amigo de un rey?

—Pero nadie le impide sentir hacia él un noble afecto.

—Nunca.

—¿Por qué?

—Jamás podré sentir afecto hacia el hombre que me ha robado lo que más quiero en el mundo.

—Es usted el que pretende robárselo a él.

—Yo sólo sé que la adoro.

—¡Váyase, váyase!

Y al decir esto, Lili había adoptado la actitud del que se siente asaltado por una tentación y quiere librarse de ella.

XIV

El rey decidió hacer con Lili una prueba completa.

Hasta aquel momento estaba satisfecho de la resistencia que le oponía Lili, lo cual era una garantía de que merecía ser amada seriamente. Pero ¿seguiría resistiendo hasta el fin? ¿Permanecería inexpugnable ante nuevas y más fuertes tentaciones?

—Las favoritas de los reyes no son siempre fieles — insinuó.

—Yo, sí.

—Pero ¿y si un amor?...

—Nada puede vencer mi fidelidad.

—¿Por qué no acepta mi amor?

Y había en su voz un algo tan suplicante y conmovedor, que Lili

tuvo que hacer un gran esfuerzo para acallar los impulsos de su alma.

—Ni aunque fuera puramente romántico lo podría aceptar. El rey es sumamente celoso.

—Más lo soy yo.

—Pero usted no tiene ningún derecho. ¿Sabe a lo que se expone?

—No me importa.

—Pues sepa que la semana pasada Su Majestad mandó fusilar a un hombre que se permitió cortejarme.

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Ya lo creo!

—Pues no leí nada en la prensa.

—Hay cosas que no conviene difundirlas.

—Es verdad. No había caído.

—Por eso le ruego que se marche. Su vida corre peligro.

—No me preocupa.

—¿Eh?

—Si me fusila, que me fusile. La amo por encima de todo.

Aquellas palabras halagaron a Lili, pero al mismo tiempo llenaron su alma de inquietud, pues le demostraban que el capitán no estaba dispuesto a marcharse.

¿Cómo podría librarse de él?

En su mente comenzó a tomar forma una estratagema para alejar aquel peligro que el capitán encarnaba para ella.

Esperó el momento oportuno para poner su plan en práctica.

No tardó en presentarse la ocasión.

—Estoy decidido a no esperar más — dijo el rey, enérgicamente.

—Usted me ama. Me lo dicen sus ojos, y es inútil que siga disimulando.

Y añadió con voz trémula:

—Usted ha de ser mía.

Entonces Lili comenzó a desempeñar el papel de mujer vencida.

Fingiéndose mantener una ruda lucha interna, balbuceó:

—¡Calla, calla!

Y él insistió rodeándola con sus brazos:

—Has de ser mía... ¡mía!, porque no hay en el mundo quien te ame tanto como yo. Estoy loco por ti. Tú me amas también. Aprovechemos este momento que la felicidad nos brinda.

—No, no — protestó ella débilmente.

—¡Sí!

—¡Oh!

—¡Amor mío! No puedo esperar una hora más. Me moriría.

—Como tú quieras — repuso ella con un gesto de renunciación.

—Entra aquí y no salgas hasta que te llame.

Abrió una puerta y le hizo pasar.

El rey traspuso el umbral y se encontró sumido en densas tinieblas.

El desencanto más hondo le dominaba.

La virtud de Lili se había quebrado al fin como un cristal.

Ahora cambiaría su vestido por un bonito "deshabillé" y le llamaría. ¡Como todas las de alma frágil!

Pero he aquí que de pronto oyó el rodar de una llave en la puerta que acababa de cruzar.

¿Le habría encerrado Lili para librarse de él?

Buscó a tientas por la pared hasta que encontró un interruptor. Róndó la llave, se encendió la luz y se vió en la escalera.

Entonces se dió cuenta de que la fragilidad de Lili había sido una comedia para deshacerse de él.

Disimulando su alegría, empezó a golpear la puerta.

—¡Abra, abra!

Pero la puerta que se abrió fué

otra que había al lado y por ella apareció el agrio semblante de la patrona.

—¿Qué hace aquí y por qué alborota de ese modo?

—Nada. Es que...

—¡Váyase si no quiere que llame al sereno!

Y el rey se marchó más que de prisa.

¿Contrariado por el fracaso?

Al contrario: profundamente satisfecho y feliz ante la prueba de invencible honradez que la bien amada acababa de darle.

XV

—El Gobierno no espera más. Tenéis que casaros con la princesa.

Este era el ultimátum que dió al rey el primer ministro de buena mañana.

—¿Casarme con la princesa? Ahora sí que lo veo difícil.

—¿Y vuestros deberes de rey?

—Estoy dispuesto a abdicar.

—¡Bonita solución!

—Lo mismo me parece a mí la que me ofrecen ustedes.

—No hay abdicación que valga. Es preciso que os caséis con la princesa Isabel para salvar el crédito nacional.

Y añadió en voz baja:

—Para eso no es preciso que dejéis a Lili Willer.

—¡Buen consejo! Propio de un consejero de su categoría.

—¿Qué tal es fué anoche?

—Muy mal.

—Lo siento... Pero estoy seguro de que todo se arreglará.

—No confíe usted mucho.

—Pensad que sólo tenéis que sacrificaros un día.

—¿Un día?

—Sí: el de vuestra boda.

—¿Y después?

—Encontraréis el modo de veros con Lili con la mayor discreción posible.

—Eso es lo que yo llamo cinismo.

—Soy un político práctico, que es lo que el país necesita.

—Pero ¿por qué no quieren ustedes que renuncie al trono?

—Porque sería empeorar la situación. El pueblo reclama una solución rápida. No tardará la gente en aglomerarse al pie del palacio para pedirnos que toméis una resolución.

—¿El pueblo?

—Pero ¿no os habéis enterado?

—No he notado nada en mis súbditos.

—Pues la policía se ha pasado la noche haciendo detenciones. No me extraña que no estéis al corriente. Sólo pensáis en vuestra música y en vuestra artista de variedades.

—¿Mia? ¡Eso quisiera yo!

—Majestad, no hay tiempo que perder. La revolución va a estallar. ¿Oís? Ya se oyen los rumores de los insurrectos al pie del palacio. ¿Qué decidís?

Era verdad. Un fragor de multitud envolvía el palacio real.

El rey pudo comprobar, a través de los visillos, que la gente empezaba a aglomerarse ante la fachada de la regia mansión.

—¡Pues sí que es un conflicto!— exclamó.

Y empezó a ir nerviosamente de un lado a otro.

—¿Qué hay del petróleo?— preguntó.

—El Gobierno no sabe nada — repuso De Conti—. Pero eso nadie como vos lo puede saber, ya que enviasteis a los geólogos por vuestra cuenta.

—Yo tampoco he recibido noticias, y me extraña.

—Sin duda quieren retrasarlas lo más posible por no ser muy buenas.

—Sin duda es así.

—¿Entonces? — preguntó el primer ministro.

Y el rey se decidió a sacrificarse.

—Me casaré con la princesa Isabel.

—¡Bravo! Voy a comunicarlo en seguida al Gobierno. Aun llegaremos a tiempo de tranquilizar al pueblo con la noticia.

Y mientras De Conti, muy contento, se marchaba, el monarca con corazón de hombre se quedaba paseando por la regia estancia con el mismo gesto de pesadumbre que habría adoptado un reo en capilla.

* * *

La patrona sirvió a Lili el prometido desayuno.

Era realmente muy distinto a lo que estaba acostumbrada a recibir la joven.

—¿Qué tal has pasado la noche, querida? — preguntó la práctica señora amablemente.

—Regular — repuso Lili, distraída.

—¿Pensando en el capitán? ¡Cuando yo digo que tú misma te estás buscando la ruina!...

Y como Lili no parecía impresionada por estas palabras, la patrona añadió:

—Te advierto que se está burlando de ti. Anoche, cuando me vió, empezó a hacerme el amor y tuve que soltarle cuatro frescas.

Esto era tan absurdo que Lili no hizo a la patrona el más mínimo caso.

—¡Levantarme de la cama por un capitán! — siguió diciendo la ahora presuntuosa dama—. ¡Si hubiera sido un general, bueno que te va!

En este momento se abrió la puerta y apareció Oswald.

XVI

El chofer saludó muy serio y la patrona exclamó:

—¡Vaya un modo de entrar! ¿Y si Lili hubiera estado desnudándose?

—Entonces no hubiera entrado. Para eso he mirado por el ojo de la cerradura.

—¡Esa sí que es buena!

—No perdamos el tiempo discutiendo, señora. Me ha traído aquí algo muy grave.

—¿Qué pasa?

—Estamos perdidos.

—¿Yo también? — preguntó la patrona con evidente inquietud.

—Algo le tocará.

—Pero ¿qué pasa? — preguntó Lili.

—Que el rey se ha enterado de todo.

—¿Qué es "todo"?

—Lo de que la llevé en el auto.

—La culpa la tuvo usted.

—Eso es lo de menos. El caso es que se ha enterado y yo he tenido que decirle una mentira para justificarme.

—¿Cuál?

—Que está usted coja. De modo que cuando le vea, cojee para que no me pille en mentira.

—¿Cuándo le vea? Pero si no le he de ver.

—Ha de verle.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Yo?

—Sí. Sólo he venido por usted.

—¿Lo ha mandado él?

—Su Majestad en persona.

—¡Yo no voy!

—Vendrá por usted la policía.

—Huiré.

—No podrá cruzar la frontera, porque al enterarse de que no quiere usted ir, dará inmediatamente las oportunas órdenes.

—Usted quiere que vaya, porque tiene miedo.

—¿Miedo yo?

—Sí, a que le despidan.

—El rey me tiene por su mejor amigo — replicó Oswald, jactanciosamente.

—¡Estoy perdida!

Pero la patrona exclamó:

—¿Por qué has de estarlo, tonta?

—Me mandará a la cárcel cuando sepa las cosas que he dicho de él.

—Al contrario. Si tienes un poco de *pesquis*, acabará enamorándose de ti. Anda, ponte tu mejor vestido y ve a ver qué quiere Su Majestad. ¡A ver cómo te portas!

—Es conveniente que se ponga algo nuevo, pero muy sencillito. La modestia siempre impresiona a las altas personalidades.

Atendiendo la atinada razón del chofer, Lili se puso un vestido muy sencillo y ligero y se dirigió, acompañada de Oswald, al palacio real.

Iba más muerta que viva. Cuando llegó, vió que la plaza que ha-

bía ante la fachada de la regia mansión, estaba atestada de gente.

—¿Qué hace aquí esa multitud?

—Esperan que Su Majestad les anuncie que ha nivelado el presupuesto.

Apenas entraron en el palacio, Oswald la entregó a uno de los soldados de la guardia, un hombretón bizarro y fornido.

Y éste la condujo a una magnífica estancia.

—Espere aquí — le dijo.

Y se marchó.

Lili estaba sobrecoyida ante tanta magnificencia. No se atrevía a andar por no estropear el suelo.

Empezó a curiosarlo todo: bronces, tapices, vitrinas repletas de objetos preciosos... De pronto se encontró ante una cortina. La apartó y vió una alcoba suntuosa: el dormitorio del rey.

Arrastrada por su curiosidad femenina, y sin saber a ciencia cierta lo que hacía, debido a su ofuscación, entró en el dormitorio.

De pronto oyó la puerta que se abría. Debía de ser el rey. ¿Qué diría si la viera en su dormitorio? Llena de vergüenza y de miedo y en el colmo de la confusión, se ocultó debajo de la cama.

Era el rey, en efecto; el rey, al que Oswald acababa de comunicar que Lili estaba en sus habitaciones esperándole.

Pero he aquí que no la veía por ninguna parte. Le extrañó, porque los guardianes de la puerta le habían confirmado que una visita le esperaba en la antecámara.

Buscándola y llamándola iba, cuando se encontró en el balcón ante la multitud que le aclamaba.

Comprendió que el pueblo creía que había salido al balcón para dirigirle la palabra y comprendió también que no podía hacerles un desaire.

Por eso, después de convencerse de que Lili no estaba en el balcón, se acercó al barandal de piedra y dirigió al pueblo las siguientes palabras:

—¡Mis fieles súbditos! Os suplico que no os impacientéis. Dentro de breves momentos os comunicaré algo de suma importancia.

Y una vez que hubo apaciguado los ánimos de este modo, se retiró del balcón y dió orden de que buscaran a la señorita Willer por todo el palacio.

Entretanto a él se le ocurrió entrar en el dormitorio y miró con

perplejidad a un lado de la cama.

Por debajo del borde de la cubierta asomaba un pie femenino.

Lo comprendió todo. Allí estaba Lili. Se había ocultado para no ver al rey, al que seguramente temía.

Hizo un esfuerzo para contener la risa y se acercó silenciosamente.

De pronto, la cogió por el tobillo. Lili lanzó un grito de sorpresa y de temor. Salió de debajo de la cama, trató de huir, pero al ver al rey, es decir, al que para ella era el simpático oficial que conociera en el camerino del "Volk Garten", se dirigió él como el náufrago a la tabla de salvación.

—¿Eres tú? ¡Qué susto me has dado! No puedes imaginarte cuánto me alegro de verte.

—Pues anoche no te alegrabas.

—Anoche te tenía miedo.

—¿Y ahora?

—Ahora le tengo miedo al rey.

—¿Al rey? ¿Tú miedo al rey?

—Sí.

Y explicó:

—Es que todo lo que te dije es mentira. No soy la favorita del rey. Ni siquiera le conozco. Y me ha hecho traer aquí, seguramente para encarcelarme. ¿Qué debo hacer?

—Esto es muy grave.

—¡Sólo falta que tú me asustes! Intercede por mí si tienes influencia.

—¿No me volverás a engañar?

—Te lo prometo.

—Demuéstramelo.

La rodeó con sus brazos y fué a darle un beso, pero ella le rechazó suavemente.

—¡Por Dios! Estamos en el dormitorio del rey. ¿Qué diría si nos viera aquí haciéndonos el amor?

—El rey lo está viendo todo y no dice nada.

Lili, sobresaltada, miró a su alrededor.

—¿Qué lo está viendo todo? ¿Dónde está?

—Aquí.

—¿Dónde?

—En este momento, rodea con sus brazos tu cintura.

Lili comprendió por fin. El "capitán" quería decir que era él el rey.

Pero la joven no podía creerlo. ¿Cómo iba a ser el rey una persona a la que ella tuteaba?

—¿Tú el rey?

—Sí.

Fuó una afirmación tan llena de naturalidad y de sinceridad, que

Lili comenzó a creer que aquella enfermedad fuera posible.

¿Por qué no había de serlo?

Realmente no había ningún motivo para que aquel apuesto joven que había llegado a su camerino sin que ella supiera de dónde, fuera el rey.

Y ahora se daba cuenta de que el uniforme que llevaba no era precisamente de capitán.

—¿No me engañas? —balbuceó al mismo tiempo que empezaba a empalidecer.

—Te doy mi palabra de honor.

—¡Oh!

Y Lili no pudo decir más. La invadió una confusión tan profunda, un desconcierto tan enorme, que ni siquiera podía pensar qué era lo que procedía hacer.

—Pero por eso no te preocupes. Te quiero tanto, que por ti abdicaría.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, el monarca había rodeado con uno de sus brazos la cintura de Lili.

Y ella le rechazó una vez más:

—¡Déjame, por favor!

Ahora, sabiendo que era rey, ya no podía esperar nada de aquel hombre amado. ¿Cómo iba a casar-

se el rey con una humilde muchacha como ella?

Sin embargo, le amaba tanto, que no pudo evitar que él la atrajera hacia su pecho y le dijese:

—Nadie te separará de mí.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—¡Un rey enamorado de una pobre muchacha!

—Por eso te amo.

Ella sonreía feliz.

—Ya no me importa que se lo digas al rey. Y tú tampoco puedes tener la preocupación de que el rey se entere.

—No la te tenido nunca.

—Comprenderás que estaba tan enterado como tú de que no tenía que ver nada con el rey.

Ella enrojeció.

—¿Cómo os reíais de mí!

—Reírme no, pero me hacía mucha gracia oírte hablar del rey con tanta naturalidad.

Fué a besarla, pero ella reaccionó de súbito y trató de huir por encima de la cama.

Cayó de cabeza por el otro lado. Menos mal que el lecho tenía poco más de un palmo de altura.

El rey se arrojó de bruces sobre la cama y logró retenerla, de modo

que ella quedó en el suelo, junto al lecho y él con medio cuerpo fuera y medio dentro de la cama.

La mitad que sobresalía era la de los brazos y así podía sujetar a Lili aunque ésta estaba tendida en el suelo.

—¡Ahora sí que no te escaparás!

—exclamó.

Y le dió en la boca un beso voraz e interminable.

Fué delicioso para los dos. Pero, de súbito, se presentó la Reina Madre en el aposento de su hijo y lanzó un grito de horror ante el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Los dos levantaron la cabeza y al ver a la augusta dama se sintieron dominados por una misma confusión.

—¡Muy bonito! ¡Revolcándose por el suelo con una cupletista!

Y encarándose con Lili, añadió:

—La princesa ha rehusado a mi hijo por tu culpa. ¡Y ha huído con un cantador de tangos!

El primer ministro penetró en el aposento muy agitado.

—El pueblo se impacienta, Majestad. ¿Qué vais a decirle?

El rey sonrió:

—Voy a ser muy breve. En primer lugar voy a leer un telegrama

que he recibido y que demuestra que ya no soy la única fuente de riqueza del país. Lili, ven conmigo.

Ante la estupefacción de la Reina Madre y del primer consejero, el rey condujo a Lili al balcón.

La multitud guardó un silencio respetuoso al ver al monarca y él, después de dirigir un saludo a su pueblo, declaró:

—Os voy a leer un telegrama. Escuchad:

Y leyó el despacho:

—“Encontrado petróleo en Malú”... Esto representa la riqueza de Ruthania. Se acabó la crisis.

Estalló una salva de aplausos con vivas al rey y a Ruthania.

Pero el monarca tenía algo más que decirles. Restablecido el silencio, añadió:

—Ahora voy a tener el gusto de presentaros a esta dama.

Y señalaba a Lili.

—Es la condesa de Malú y mi futura consorte.

La Reina Madre, al oír estas palabras, se tambaleó y cayó en una chaise-longue medió desvanecida.

El primer ministro acudió en su auxilio y procuró consolarla.

—Pensad, señora, que el problema más grave, el económico, está solucionado. Lo demás poco importa...

El pueblo había recibido con una ovación las últimas palabras del rey.

Y una de las personas que con más entusiasmo aplaudían era la patrona, que se había sumado a la multitud.

Entonces ocurrió algo que pudo calificarse de delicadeza colectiva. Todo el pueblo, como un solo hombre, se volvió de espaldas.

Y Lili y el rey se dieron un beso y cambiaron un juramento de eterna adoración.

FIN

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|--------------------------|--------------------------|--------------------------|---------------------------|
| La viuda alegre | Los tres novios. | La princesa se casó. | Honre entre amores. |
| El gran duelo | Cristian, la Holandesa. | Amante de amor. | Para alcanzar la luna. |
| Miguel Braggott o el | Viva Madrid, que es | El gran duelo (edición | El hombre que asesinó. |
| Corrao del Zar | mi pueblo! | pogular. | Elindael. |
| La princesa que supo | Sombras blancas. | Du Barry, mujer de pa- | La celda. |
| amor | La mujer andalusa. | ción. | El arde. |
| El coche número 13 | Los cueros. | La viuda alegre (edición | Milicia de paz. |
| Sin familia | Intero. | pogular. | Amores de medianoche. |
| Mate Nostrum | El conde de Montecristo | Ángeles del infierno. | Miguel Braggott o el |
| Nantia, el hombre que se | La mujer ligera. | Cuerpo y alma. | Corrao del Zar (edición |
| vendió | Virgenes modernas. | El impecable. | popular). |
| Cobra | El pagano de Tabid. | Apote a medias. | La hermosa Nan Sulgicis |
| El día de Montecristo | Correos dichosos. | Escuelas de la moda. | El cemento y la carne |
| Viña bohemia | La senda del 68. | Petit Café. | (edición popular). |
| Kasa | Voto na el ciclo. | Hay que casar al prin- | La dama misteriosa. |
| (Adiós, juventud) | Espejismo. | cipe. | Los clavitos de la Vir- |
| El padre errante | Evangelio. | Inspiración. | gen. |
| La mujer desnuda | Orquídeas salvajes. | El proceso de Mary Du- | Patricia de Italia. |
| La risa Ramona | El caballero. | gan. | Al Capone (Pánico en |
| Casanova | Esquema. | Marras. | Chicago). |
| Hotel Imperial | La máscara del diablo. | En cada punto un amor. | El último amor. |
| Don Juan, el burlador | El ran nuestro de cada | Conoce a tu mujer? | Muchachos de uniforme. |
| de Sevilla | día. | El millón. | Marido y mujer. |
| Noche tropical. | Vieja hidalguía. | La mujer X. | Mara-Hall. |
| El séptimo cielo | Pecado. | Quise alquilo. | Congolia (obra de re- |
| Ben Gesie | Tenidos. | Mar de fondo. | re). |
| Los ventureros del fuego | La penadora. | La dama sagrada. | Caricaturas. |
| La mariposa de oro | El beso. | La ley del harin. | Entre nos vos un vals. |
| Ben-Hur | Ella se va a la guerra. | La fruta amarga. | Monjes en mi vida. |
| El domingo y la carne | Los hijos de audia. | Vidas truncadas. | Niela. |
| La castellana del Libro | El parador de perlas. | La hora del mar. | Rebeca. |
| La tierra de todos | Santa Isabel de Cerro. | Tabid. | Indesable. |
| Trípodi | Las dos infancias. | El pasado amara. | Tarjón de los monjes. |
| El rey de reyes | La canción de la estepa. | Papi pueras largas. | El terror del campo. |
| La ciudad castigada | El precio de un beso. | Trader film. | La visita al mundo por |
| Sangre y arena | La repudia del recuerdo | Un ranqui en la curia | Droga Fairhaha. |
| Agallas tridentas | Dalibacern. | del rey Arturo. | Cibla bien. |
| El sargento Malacara | Del mismo lado. | El código penal. | Reclut casados. |
| El capitán Russell | Revelados. | La pura verdad. | Champ (El campeón). |
| El juicio del tío | Cuatro de infantería. | Maternidad, o el derecho | La carne del jaguar. |
| La princesa mister | Olimpia. | a la vida (obra de co- | Los amores de José Ma- |
| Ramona | Monsieur Sapo-Glén. | rie). | liza (obra de serie). |
| Dos amantes | Sombras de gloria. | Cachón (La tragedia de | El caballero de la noche. |
| El príncipe estudiante | Nacha. | la mina). | Arque Lupin. |
| Amo Karmino | Ladrón de amor. | Enfermedad. | La dama del 11. |
| El destino de la carne | Moby (la gran parada). | Las perplecias de Skippy | Amor en vez. |
| La mujer divina | El vallante. | ¿Qué viadita? | El pecado de Madeón |
| Alas | De frente, marchen! | El camino de la vida. | Casado. |
| Cuatro hijos | Irón. | Noches de Viena. | La casa de los muertos. |
| El carnaval de Venecia | El presidio. | Mamá. | Tirados del cielo. |
| El angel de la calle | Romancet. | Eran tres. | El primer Dreyfus. |
| La última cita | El gran charco. | Cheri-Bibi. | La vida de un gran ar- |
| El enemigo | Tempestad. | Seamos otra vez. | tieta. |
| Amantes | El dios del mar. | Comaratos de lujo. | El último varón sobre la |
| La ballarina de la Ope- | Anne Christie. | Los hijos de la calle. | tierra. |
| ra. | Sevilla de mis amores. | La divorciada. | Pantomas. |
| Monsi Hooge. | Martinetas nuevas. | Madama Satán. | Victorias imperiales. |
| Sea Ad. | Ben-Hur (edición popu- | ¿Cuándo te suicidas? | Soy un fugitivo. |
| Los cuatro diablos. | lar). | Martinetas. | Tormenta. |
| Una payasa, niet | La impenetrable. | El amor amañado. | La película de las extra- |
| Volga, Volga. | El mar. | Honrado a la madre. | das. Grand Hotel (obra |
| La sinfonia patética. | El pavo real. | Se última noche. | de serie). |
| Un cierto muchacho. | Señal el techo de París. | Las alegres chicas de | Hollywood al desnudo. |
| Montalgal. | Wol-chang. | Viena. | Sangre roja. |
| La cura de Hagspern. | Montecristo. | Viva la libertad! | El doctor X. |
| La actriz. | Camino del infierno. | Malvada. | Enos. |
| Miser Wm. | ¡Mia strán! | El tesoro del amor. | Primavera en otoño. |
| Kanacer. | Achuya! | Deliciosa. | El hijo del diablo. |
| El despectar. | La mujer que amamos. | Cielo robado. | Ella o ninguna. |
| La melodia del amor. | Al campo de 2-4. | marga idia. | El asesino en la sangre. |

El azul del cielo.	Buenas al pasar.	(Los Barrios de la	Una viuda romántica.
El monarca de la ciudad	El mayor amor.	reina).	Mariposa y la Corina.
El hombre que se reía	El capote indiano.	Milady (2.ª parte de Los	Suena tierna un secreto.
del amor.	Al despertar.	tres monasterios).	20.000 años en Sang Sing
Susan Lavan.	El robo de la Mona Lisa.	Reclutad.	Hadriano en Budapest.
Mercado de mujeres.	La (La Gioconda).	La volle 42.	Milagro?
Menos culpables.	La edad de amar.	Los dos huérfanos.	Vivamos hoy.
La princesa se divierte.	Rebeldes.	Cabalgata.	Oña.
La mano sucia.	Divorcio por amor.	Secreto.	Los crímenes del mundo
El rey de los gitanos.	Caracenis sin rumbo.	La hija de la vida.	El secreto del mar.
El sargento X.	Corazones valientes.	Una morena y una rubia.	
Los seis misteriosos.	Iruta-Pigant-Dumite	Como tú me gustas.	
Esta edad moderna.	(Liera de serie).	El pelcarin.	
La novia de Kicocis.	Los tres mosqueteros.	El amor y la muerte.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

EL GRANDIOSO EXITO DE LA FOX

NO DEJES LA PUERTA ABIERTA

Producción en español, interpretada por RAOUL ROULIEN, ROSITA MORENO, MONA MARIS, etc.
Bellas canciones. Encantador asunto.

En preparación:

CANCION DE ORIENTE

por RAMON NOVARRÓ y HELEN HAYES

LA MELODIA PROHIBIDA

por JOSE MOJICA y CONCHITA MONTENEGRO

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Pida los últimos catálogos, gratis y sin compromiso, y se le remitirán por riguroso turno.

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones
en papel couché. Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel
couché. Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

32 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo. Precio: 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL Y EL SOBRE DE CINE SONORO

Contenido: una novellita de cine completa con su correspon-
diente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Avances de emoción, completos, Inmejorable presentación y
excelente texto, a 15 cts.

Caballistas del Oeste

Novela de aventuras para muchachos. 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se for-
maron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
200 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

Lavo
2/09
154

10373

E. B.

Prec.o: Una peseta